



Buenos Aires, julio de 2018

Circular N° 583

Para las almas radicadas en lugares distantes y allí donde no funcionan comunidades.

Amados hermanos y hermanas:

A continuación, compartimos parte de un Servicio Divino en ayuda para los difuntos oficiado por el Apóstol de Distrito Enrique Minio.

“Y salió Jesús y vio una gran multitud, y tuvo compasión de ellos, porque eran como ovejas que no tenían pastor; y comenzó a enseñarles muchas cosas.”

(Marcos 6:34)

Que este pueda transformarse en “un buen encuentro” con Dios, como dice uno de nuestros himnos, implica que podamos dejar a los pies del altar nuestras preocupaciones, nuestras cargas. Dejar todo ante el Padre celestial. Entonces Dios puede tener un lugar: ese lugar en el cual Dios nos quiere visitar en nuestra alma para que podamos crecer a la imagen de Cristo. También hoy en especial, en este día, en que podemos ser parte de la fiesta del Servicio Divino en ayuda para los difuntos. A veces cuando llegan estos momentos aparecen muchas preguntas. Nos preguntamos cómo estarán aquellos que nos han antecedido, nos preguntamos para qué sirven los Sacramentos, por qué se realizan estos Servicios Divinos; son todas preguntas que pueden surgir en algunos de nosotros. Podríamos decir que el hecho de que en nuestra fe tengamos la posibilidad de celebrar estos Servicios Divinos, es una gran riqueza, que merece la fe en todo aquello que enuncia nuestra doctrina.

Sabemos que nosotros tenemos un cuerpo, un alma y un espíritu. Y lo que muere, es el cuerpo. Pero el alma y el espíritu siguen viviendo y manteniendo la misma personalidad. Pero a su vez, pueden cambiar. Esto es parte de nuestra fe. Es decir que, como pueden cambiar, en ellos tiene parte el plan de salvación de Dios. Igual que en cada uno de nosotros. Si yo hoy le preguntara a cada uno: ¿Cómo estás en la fe? Quizás alguno podría responder: “Estoy bien”, otro “estoy muy bien”, algún otro “estoy más o menos”. Tenemos altibajos. Y a veces con nuestros ojos y nuestra mente, con nuestras suposiciones, ponemos niveles a nuestra fe. A veces, al orar por la noche, pienso: “Si hoy hubiera venido Cristo, no sé dónde habría quedado”. Porque a veces uno está con su corazón y sus sentimientos colocados sobre todo aquello que no tiene que ver con la voluntad de Dios. Esto mismo ocurre con los que están en la otra orilla. También tienen momentos en los que podrán estar bien y otros que no. El plan de salvación de Dios es igual para una orilla y para la otra, no depende del cuerpo. La gracia de Dios nos cubre a todos. Y esa gracia será hasta el día en que Cristo venga. Todos los cristianos oramos en el Padre Nuestro: “Venga tu reino”; ahí se manifestará nuevamente la gracia. Aquel que pueda aceptarlo, volver a recibir el perdón y tener comunión plena con Él, estará bajo la gracia. Así como nosotros estamos luchando para alcanzar ese día, también los de la otra orilla están creciendo y luchando junto con nosotros, para alcanzar la imagen de Cristo.

Pero para esto tenemos que creer en ello, tenemos que creer que tenemos un cuerpo, un alma y un espíritu, que lo que muere es el cuerpo, que lo que permanece es el alma y el espíritu y que aquella alma que pueda aceptar ser bautizada, será librada del pecado original; no de la predisposición al pecado. Luego, tendrá que venir a buscar la palabra igual que nosotros. Y en la palabra, poder ir creciendo a la imagen de Cristo. Aquellos que quieran formar parte de las primicias, como reyes y sacerdotes, trabajar junto a Cristo, llevando testimonio del Evangelio, tendrán que recibir entonces el don del Espíritu Santo. Y aquellos que quieran ir creciendo y venciendo a sí mismos, tendrán que buscar la comunión con Cristo cada vez que es ofrecida. Para nosotros o para las almas que están en la otra orilla, el plan de salvación de Dios es exactamente el mismo. No cambia por una cuestión del cuerpo, esta es nuestra fe.



Un día nosotros fuimos llamados y Dios quiere llamar a todos aquellos que puedan aceptar esta elección de gracia. Porque para nosotros la elección es un misterio, no sabemos por qué Dios nos eligió. Esta elección tiene que ver con una decisión del Padre. Pero Dios quiere que todos los hombres sean salvos. Esto se manifiesta en el sentimiento de Cristo.

Entonces ahora vamos hacia el texto que hemos leído. Si bien está en el Evangelio de Marcos, también está en los otros Evangelios. Es un hecho mencionado como la alimentación de los cinco mil, de cuando Cristo multiplicó los panes y los peces para darles de comer a aquellos que le pedían. Jesús había llamado a los discípulos para que se apartaran de la multitud y pudieran descansar un momento. El texto dice:

“Y salió Jesús y vio una gran multitud, y tuvo compasión de ellos...”

El sentimiento de compasión es aquel que se eleva en nuestro corazón cuando podemos identificarnos con aquel que está sufriendo, que está llevando una situación difícil. Cristo ve esa multitud y dice la Escritura que tuvo compasión. ¿Por qué?:

“...porque eran como ovejas que no tenían pastor...”

Esta imagen en aquel momento era muy común. Las ovejas que no tenían pastor, aparentemente estaban libres de moverse por cualquier lugar porque el pastor ya no las estaba conduciendo. Pero esa libertad las llevaba a una condición de peligro: de perderse, de ser atacadas por un animal, de ser robadas por alguien, de quedar heridas, de quedar desamparadas o descarriadas. Este es el sentir que tuvo Cristo hacia esa multitud: los vio, y sintió que eran como esas ovejas, que aparentemente estaban libres, decidiendo por su libre albedrío, pero que no tenían pastor. No tenían a alguien que las condujera. Entonces, *“...comenzó a enseñarles muchas cosas.”*

¿Por qué a enseñarles? Porque hay algo que en la historia del reino de Dios nunca va a cambiar: que así como Dios dio libre albedrío a los primeros hombres -y no tomaron buenas decisiones- ese mismo libre albedrío nos lo da a nosotros. Pero para tomar decisiones correctas necesitamos aprender. Para lo cual, necesitamos alguien que nos enseñe. El que nos enseña, es el Buen Maestro: Cristo.

Entonces comenzó a enseñarles. En algunos versículos posteriores, dice:

“Cuando ya era muy avanzada la hora, sus discípulos se acercaron a él, diciendo: El lugar es desierto, y la hora ya muy avanzada. Despídelos para que vayan a los campos y aldeas de alrededor, y compren pan, pues no tienen qué comer.”

En cierta manera le estaban diciendo que dejara de enseñarles, pues tenían que procurar qué comer.

“Respondiendo él, les dijo: Dadles vosotros de comer. Ellos le dijeron: ¿Que vayamos y compremos pan por doscientos denarios, y les demos de comer?”

Era algo en apariencia ilógico. Él entonces les preguntó qué tenían, cuántos panes y le respondieron que: *“Cinco, y dos peces”*.

Conocemos que entonces allí Él hizo la multiplicación de aquellos panes y aquellos peces, que incluso sobró comida que luego recogieron.

¿Qué tiene que ver esto con nuestra vida de fe? ¿Quiénes son aquellos sobre los que hoy Cristo tiene compasión?

Hay muchos que han partido al más allá en la soledad. Que aun han vivido sintiéndose solos. Cristo tiene compasión de ellos. Hoy en el mundo escuchamos hablar de muchos refugiados ante los cuales muchas veces como seres humanos somos indiferentes. Y entonces han partido en esta condición. Hay muchos que viven situaciones de violencia; Cristo tiene compasión de ellos. Hay muchos que se han confundido, están desorientados. Hay un dicho popular que expresa: *“Si no puedes convencerlos, entonces confúndelos”*. Es una herramienta muy típica que se utiliza cuando alguien no puede convencernos de algo, entonces busca caminos de confusión. Aquellos que están desorientados, muchas veces no saben diferenciar entre el bien y el mal. Entonces así como Cristo tiene compasión de aquellos que están desorientados, perdidos, aquellos que no pueden aceptar a Dios, quizás porque están viviendo o han partido con una enfermedad que no ha tenido cura, o han



partido en situaciones de catástrofes naturales, inentendibles para nuestra mente. Pero Cristo tiene compasión, porque estas son las ovejas perdidas, descarriadas. Quizás nosotros podamos estar en una situación como tal y Dios nos dice: Yo te amo, tengo compasión y te quiero ayudar, quiero darte lo necesario para que puedas alcanzar vida eterna, comunión eterna junto al Padre.

Cristo quiere ofrecerles a estas ovejas todo el camino a través de ese Buen Pastor, a través de la enseñanza. La salvación que hizo antes de todo esto (porque esa multitud lo seguía por toda la sanación que había hecho) se manifiesta en el perdón de los pecados que recibimos. El pecado nos aleja de Dios. A través de Cristo, podemos ser perdonados, cuando reconocemos que hemos pecado y que hemos salido del camino de la voluntad de Dios.

Pero esto es algo individual. No se trata de que el otro nos diga tal o cual cosa, sino de que nosotros lo reconozcamos. Cuando alguien nos dice "hiciste tal cosa", nuestra primera reacción quizás es negarlo, nos es difícil darnos cuenta, o tal vez encontrar enseguida una justificación de por qué uno lo hizo. Siempre tenemos una explicación cuando hacemos algo que está fuera de la voluntad de Dios, es decir, cuando pecamos. Tenemos todas las explicaciones para nuestras actitudes y esto lo conocemos pues en algún momento caemos todos en esto. Dios nos dice: Si puedes darte cuenta de que esto lo tienes que cambiar y hacerte responsable de tu vida de fe, Cristo puede justificarte. Pero no te justifiques a ti mismo. Deja que Cristo, que sufrió el dolor y la muerte, que fue vituperado, lastimado, engañado por aquellos que lo rodeaban, pueda comprender todo lo que cada uno de nosotros estamos viviendo y también lo que están viviendo en la otra orilla. Entonces nuestras almas pueden alcanzar en Él comprensión, que no encontramos en el ámbito donde nos movemos, porque tenemos diferentes visiones. Él puede comprendernos y es quien puede justificarnos ante Dios.

Pero no nos justifica ante el Padre en función de lo que nosotros daríamos como justificación sino por nuestro arrepentimiento. Cuando realmente podemos arrepentirnos de aquello que no hemos hecho bien, Él puede justificarnos.

Arrepentirse significa no solamente darse cuenta que no estuvo bien sino proponerse no volver a caer en ello. Es decir, arrepentimiento en el ámbito de lo que llamamos penitencia: es esforzarnos para no volver a caer en lo mismo. Cuando podemos reconocer eso que Dios puede perdonarnos, Cristo puede justificarnos. El perdón de los pecados es la imagen de la sanación. Donde vuelvo a ser sano, donde puedo comenzar nuevamente.

La multiplicación de los panes, a su vez, alude a que Él nos da de su fuerza. Nos alimenta en la Santa Cena cuando nos invita a tomar parte de su cuerpo y de su sangre. Esto significa que nos invita a que podamos "crucificar" junto con la vieja criatura al propio yo, que nos lleva hacia el camino del pecado. Entonces podemos tomar parte de esta alimentación que también nos fortalece en la palabra y podemos tomar el camino de la gracia. El cual no es solamente ofrecido a cada uno de nosotros sino también a todos aquellos que están en la otra orilla.

Tres veces por año se realizan estos Servicios Divinos en ayuda para los difuntos. Y uno puede decir: ¿qué puedo hacer yo? El que redime es Dios. El que invita a su gracia es Dios. Nuestra tarea, es interceder. Orar para que aquellas almas puedan aceptar de la gracia. Y nuestra tarea es ser testimonio con nuestra vida. Cuando nosotros luchamos para alcanzar la imagen de Cristo estamos siendo testimonio para millones que están en la otra orilla. Cuando amamos y somos compasivos aquí, estamos haciéndolo también con millares allí, que se van a sentir identificados.

Dios lo que nos pide es que, en el amor, podamos sentir esa compasión por aquellos que quizás estén desorientados, sintiéndose solitarios, que han partido víctimas de la violencia, de catástrofes, enfermedades. Nuestra posición tiene que ser el sentir de Cristo: *"Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús"* (Filipenses 2:5).

* * *